desorden, los vestidos desgarrados y negros por el humo y la polvareda, era conmovedor, inspirando verdadera lástima; pero el pueblo borracho de sangre, las quiso linchar, lo que impidió una mujer, que las amparó con su cuerpo y dio tiempo a que los más sensatos la secundaran.»

En medio de amenazas y denuestos, se las llevó al Juzgado para tomarles declaración,

Calle del Duque

"Entonces, el miliciano se echó a la cara la escopeta de caza que llevaba y disparó a bocajarro. Juan Cabañero recibió el disparo en el hígado quedando destrozado y se desplomó sin articular palabra".

teniendo constantemente pistolas apuntadas a sus pechos. Había interés en que doña María declarase «los nombres de los fascistas que estaban reunidos en su casa». La noble señora, que acababa de perder a su esposo y a tres hijos que eran su orgullo, conservaba una entereza admirable y escupía a los asesinos su desprecio:

—Sólo estaban Gregorio y mis hijos...

—No nos lo hará usted creer. ¿Cómo resistieron entonces?

—Porque no eran como vosotros...

Quedaron presas, pero salvaron la vida. La niña, no por mucho tiempo; pues el trance terrible por que había pasado minó su débil naturaleza, y dos meses después fallecía. Quedaba también doña Gloria, viuda de Juan, que en la última fase de la lucha había quedado acogida en la casa de unos vecinos. De saltar tejados y pisar escombros, tenía las ropas negras y en jirones y el cuerpo magullado. También había sido alcanzada superficialmente por algún trozo de metralla. De su refugio momentáneo la sacó un miliciano, que la condujo hasta su propia casa. Un médico amigo le facilitó un certificado de pobreza para que fuese acogida en el Hospital de Ciudad Real. No tuvo que mentir para ello. Todos los bienes de su marido habían sido confiscados. Todos sus efectos personales se habían perdido en el saqueo y el incendio. En el Hospital dio a luz, meses después, una niña, en la que hoy se prolonga el apellido Cabañero. La casa, medio derruída por las bombas de dinamita, acabó de derrumbarse al ser incendiada. Sólo permanecieron en pie los muros de mampostería."

La narración de este hecho heroico no ha podido ser más apasionante. De la verdad de lo ocurrido dan testimonio, no sólo las gentes que lo vieron sino las piedras que se conmovieron con este horror del asalto y del exterminio de una familia que no había cometido delito alguno. Con este hecho, los milicianos de Puertollano estrenaron las muertes y los fusilamientos: en los muros de la estación Escolástico Escofet, maestro nacional que procedía de Almagro, Enrique García Mateo, párroco de la ciudad, Alejandro Prieto Serrano, capellán, Mario Gómez Martín, fiscal del Juzgado, José Rodríguez Olmo, juez municipal, Baltasar Dueñas Cabañero, agente de negocios, Eduardo Duarte Sánchez, propietario, Eugenio y Ezequiel González Palomo, dependientes, José Rodríguez Fernández, José Lledó Quesada, industrial, Juan Victoria López, empleado, y más y más y más...

Cerramos el capítulo de Puertollano, silenciando muchos más horrores, asesinatos e incendios y saqueos de domicilios y de templos incluso la capilla de Ntra. Sra. de Gracia, Patrona del pueblo, que fue quemada y después dinamitada para que no quedara de ella piedra sobre piedra... Y ésta es la verdad, lo que ahora no se cuenta o cobardemente se mutila.

Calle Santísima Trinidad

Servicio de Documentación de DESPERTAR

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Despertar. #26, 4/12/1986.